

tal hiciere. Más si alguno habiéndole visto le ocultara, aguarde ejemplarísimo castigo.»

A pesar de todas las pesquisas, nada se supo de Ali-Nur. Esto es lo que llevaron á cabo el Sultán y sus guardias.



ALI-NUR y Dulce-Amiga en tanto llegaron á Bagdad. —¡He aquí—dijo el capitán—la famosa ciudad de Bagdad, albergue de las delicias! ¡Este es el próspero recinto que ignora el rigor de las borrascas y los inviernos, la sultana que vive á la sombra de los rosales, acariciada por el tibio aliento de la primavera, rodeada de flores, de vergeles, y del ruido melodioso de las aguas!

Ali-Nur dió las gracias al capitán por sus bondades durante el viaje, le entregó cinco dinares de oro en pago de su pasaje y el de Dulce-Amiga, y abandonó el navio para entrar en Bagdad seguido de su esposa.

Quiso el destino que Ali-Nur, en



vez de tomar el camino ordinario, avanzase por un sendero que le condujo á los vergeles que rodean Bagdad. Detuviéronse Ali-Nur y Dulce-Amiga á la puerta de un jardín protegido por un muro de gran elevación. La entrada había sido cuidadosamente barrida; unos bancos espaciosos adosados á la pared convidaban al descanso; la puerta, que era muy bella, permanecía cerrada, ostentando en su parte superior unas lámparas multicolores. Junto á la entrada veíase un estanque cuyas aguas perezosas renovábanse dulcemente. El camino que conducía á la puerta pasaba entre dos hileras de postes que lucían magníficas telas de brocado, extendidas con harta pompa.

—Por Alah, bello es el paraje—dijo Ali-Nur á Dulce-Amiga.

Dulce-Amiga respondió:

—Descansemos una hora sobre estos bancos.

Y después de haberse lavado ambos la cara y las manos en el estanque, subiéronse á un banco para

tomar el fresco y respirar voluptuosamente el cefirillo que discurría por aquellos lugares paradisíacos. Y tan blando era el cefirillo que Ali-Nur y Dulce-Amiga después de tender un holgado cobertor sobre sus cuerpos, no tardaron en dormirse.

Conviene estar al corriente de que el jardín á cuya puerta habíanse dormido Ali-Nur y Dulce-Amiga llamábase el Jardín de los Placeres. En medio del jardín se levantaba un suntuoso alcázar que se llamaba el Palacio de las Maravillas y pertenecía al Califa Harún-Al-Rachid. Cuando alguna congoja, ó pensamiento nefasto oprimía el pecho del Califa, iba éste á esparcirse, á distraerse, á olvidar su zozobra divagando por los jardines. Todo el palacio formaba una sala inmensa, iluminada por ochenta ventanas; de cada ventana pendía una lámpara soberbia que vertía raudales de luz; en medio de la sala brillaba una enorme araña de oro macizo, resplandeciente como el sol. La sala se abría únicamente cuando iba el Califa



á verla; ardian entonces la araña mayor y todas las lámparas; abríanse todas las ventanas, y el Califa se sentaba sobre el espacioso diván de seda, terciopelo y oro, y ordenaba á las cantantes que modulasen canciones y á los músicos que le recreasen con el juego concertado de sus instrumentos; y cuéntase que en tales ocasiones oía con predilección la voz de su cantor favorito, el ilustre Isak, de reputación universal por sus cantos é improvisaciones. Así divertía el ánimo y dilatava el pecho el Califa de la ciudad de Bagdad, en medio del reposo de las noches, y de las auras que llevaban á su presencia los perfumes exquisitos del jardín.

Harún-Al-Rachid había nombrado guardián y vigilante del palacio á un viejo bonachón á quien llamaban el cheique Ibrahim. Este permanecía siempre ojo avizor, escrutando el palacio y sus alrededores para evitar que los transeuntes y curiosos (especialmente mujeres y niños) entrasen en el jardín, hollasen los céspedes ó se apoderasen de flores y frutos.

Aquella tarde Ibrahim paseaba lentamente inspeccionando los amenos parajes; llegó á la puerta, abrióla, y vió á dos personas que dormían apaciblemente, protegidas por un cobertor.

Alteróse vivamente el guardián y exclamó:

—¡Qué es esto! ¿Pues no estoy mirando á dos insolentísimas criaturas rebeladas contra las órdenes severas del Califa, quien me autoriza á mí, cheique Ibrahim, para que castigue á discreción á todo ser viviente que se acerque al palacio? ¡Van á ver los audaces durmientes la recompensa que aguarda á los que osen apoderarse del banco destinado al séquito del Califa!

Cortó el cheique Ibrahim una rama flexible, acercóse á Ali-Nur y Dulce-Amiga y agitó la rama en los aires, disponiéndose á flagelarles con inmoderada fruición; más, súbitamente, dijo para sus adentros:

—Vuelve en tí, Ibrahim. Vas á pegar á unos desconocidos que tal vez sean extranjeros ó mendigos lle-



gados de los grandes caminos de Alah, conducidos á tu presencia por el destino que quiere conocer la indole de tu espíritu.

El cheique Ibrahim levantó con esmero el cobertor que ocultaba los rostros de los durmientes, é inmediatamente se detuvo, fascinado por los dos rostros maravillosos cuyas mejillas se rozaban en un sueño de amor, parecían más bellas que las flores de su jardín.

—¡Qué atrocidad iba á cometer, ciego é insensato de mí! ¡Merecerías, Ibrahim, que te golpeasen reciamente con la rama flexible que has cortado, castigando así tu injusto rencor!

Cubrió nuevamente el cheique las cabezas de los durmientes, y sentóse á sus plantas; y en señal de la súbita simpatía que le inspirara Ali-Nur, empezó á masarle los pies.

Ali-Nur no tardó en despertar gracias á la acción de las manos de Ibrahim, y vió que le masaba un anciano respetable, y avergonzóse de que así le sirvieran; retiró al ins-

tante los pies y se sentó precipitadamente, y tomando la mano del venerable cheique llevóla á sus labios y á su frente.

—¿De dónde venís, hijo mío?—preguntóle el cheique Ibrahim.

Y respondió Ali-Nur:

—Señor, somos extranjeros.

Y los ojos se le arrasaron en lágrimas.

—Hijo mío—prosiguió el cheique Ibrahim—no soy de los que olvidan que el Profeta (¡á quien sahumen el ruego y el sosiego de Alah!) recomendó en diversos parajes de su libro que el creyente sea hospitalario y acoja al extranjero con pecho magnánimo y cordial satisfacción. Venid, pues, conmigo, hijos míos, y visitaréis mi jardín y mi palacio, y de esta suerte olvidaréis vuestros pesares, y os holgaréis, y dilataréis el pecho oprimido.

—¿A quién pertenece este palacio, señor?—preguntó Ali-Nur.

Para no intimidar á Ali-Nur, y también para glorificarse un tanto, le respondió el cheique Ibrahim:



—El jardín y el palacio me pertenecen; vinieron á mi poder en calidad de herencia de los antepasados.

Levantáronse Ali-Nur y Dulce-Amiga y precedidos del cheique Ibrahim, franquearon la puerta de los vergeles.

Ali-Nur había visto en Basora jardines bellísimos, pero ninguno de ellos podía compararse al jardín del anciano.

La puerta se componía de unos arcos superpuestos, cubiertos de bellas parras, de donde colgaban pesadamente racimos opulentos, colorados como rubíes ó negros como el ébano. Al paseo por donde fueron entrando dábanle sombra unos árboles frutales agobiados por el peso de la fruta sazónada. Los pájaros charlaban en las frondas con lenguaje alegre y sutil; el ruiseñor modulaba tiernas cánciones; la tórtola daba á los aires su sentida queja, el mirlo silbaba remedando el humano silbido, y el pichón, adornado de un gracioso collar, respon-

día como embriagado por fuertes licores.

Veíanse allí reunidas las mejores especies de árboles frutales; allí cabía admirar albaricoqueros de almendras dulces y amargas, los albaricoqueros del Korasán, los ciruelos cuyos frutos recuerdan el color de unos bellos labios, los mirabeles de inefable suavidad, los higos colorados, blancos y verdes de aspecto delicioso. ¿Pues y las flores? Superaban en belleza á las perlas y al coral. Las rosas eran más hermosas que las hermosas mejillas, las violetas, sombrías como la llamarada del azufre, blanquísimos los mirtos. Abundaban los alelíos, las alhucemas y las anémonas. Fulguraban en todas las corolas, á guisa de diamantes, las lágrimas de las nubes; las camamillas sonreían á los narcisos mostrando sus pícaros diente-cillos, y el narciso miraba á las rosas con ojazos negros y profundos. La redonda cidra parecía una copa sin asa ni cuello, y los limones colgaban como bolas doradas. Todo el



suelo aparecía tapizado de flores multicolores, pues la primavera reinaba en los bosquecillos sin que dejase por un instante de penetrarlos con su hálito dulcísimo; y se hinchaban los fecundos riachuelos, y los manantiales perleában, y el pájaro cantaba y escuchaba embebecido su propio canto, y la brisa cantaba como una flauta sonora, y el céfiro respondía blandamente, y resonaba en los aires la alegría armónica y universal.

Así Ali-Nur y Dulce-Amiga, siguiendo al cheique Ibrahim, penetraron en el jardín de los Placeres.

Y el cheique Ibrahim, que no gustaba de hacer las cosas á medias, invitóles á visitar el Palacio de las Maravillas. Y les abrió la puerta, y entraron todos.

Ali-Nur y Dulce-Amiga detuvieronse arrobados. El esplendor del salón, cuajado de cosas extraordinarias, fastuosas y llenas de encanto y recreo, deslumbró sus ojos. Por mucho tiempo admiraron la belleza sin par de la estancia suntuosa; lue-

go, para reposar la mirada, cegada por tanta magnificencia, fueron á una ventana que daba al jardín, descansando en ella los codos amorosamente. Y Ali-Nur al ver el jardín y sus mármoles iluminados por la luna, empezó á recordar sus pasados quebrantos, y dijo á Dulce-Amiga:

—Oh, Dulce-Amiga, este paraje es encantador y suspende mis sentidos; muéveme á la consideración de pasadas horas, pero con singular sosiego. Y á él debo que la paz descienda á mi espíritu, y se apague el fuego que me devora y se aleje la tristeza, mi compañera.

En esto el cheique Ibrahim compareció con unas provisiones que había ido á buscar. Comieron todos abundantemente; laváronse las manos después del agape, y de nuevo fueron á la ventana á absorberse en la contemplación.

Al cabo de algún tiempo Ali-Nur volvióse hacia el cheique Ibrahim y le dijo:

—¡Oh, cheique Ibrahim! ¿no po-



drias darnos alguna bebida? Porque es uso corriente y natural que la bebida siga al manjar.

Trájole el cheique una porcelana llena de agua dulcísima y fresca, pero Ali-Nur le dijo:

—¿Qué nos traes? No es eso lo que yo deseaba.

—¿Querías vino? — preguntó Ibrahim.

—Ciertamente—respondió Ali-Nur.

El cheique Ibrahim exclamó:

—¡Alah me proteja y me guarde de incurrir en la tentación del vino! Hace tres años que me abstengo de esta bebida nefasta porque el Profeta (á quien cobijen el ruego y el sosiego de Alah) maldijo al que bebiere cualquiera bebida fermentada, al que la exprima y al que la lleve al mercado.

Ali-Nur le dijo:

—Permite, oh cheique, que te dirija dos palabras.

—Dilas prontamente — respondió Ibrahim.

—Si te indicare un medio para realizar nuestros deseos — insistió

Ali-Nur—sin que te sea forzoso beber vino, ni fabricarlo, ni llevarlo, ¿incurrirás en falta ó caerás bajo la maldición de las santas Palabras?

— Me parece que no — dijo el cheique.

—Toma dos dinares—repuso Ali-Nur—y dos dracmas; súbete al asno que nos condujo hasta aquí y ha permanecido á la puerta del jardín, vé al mercado, y detente á la puerta del comerciante de agua de rosas y toda clase de flores, que seguramente guardará una cantidad de vino en las reconditeces de su tienda. Diriges entonces la palabra al primer transeunte que se ofrezca á tu vista, y le ruegas que vaya á comprar la bebida, que le costará dos dinares de oro, y le ofreces las dos dracmas como recompensa de su servicio. Y él mismo colocará las vasijas sobre el asno; y puesto que ha de ser el asno quien las lleve, el transeunte quien las compre y nosotros quienes las bebamos no te alcanzará responsabilidad alguna en este negocio y no te asaltará temor alguno



porque no habrás contravenido la santa Ley del Libro.

El cheique al oír estas palabras se echó á reír estrepitosamente y dijo á Ali-Nur:

—Por Alah, en mi vida hallé mancebo tan gentil, tan agudo y tan agradable como tú.

—Por Alah, á tu servicio estamos, y somos tus siervos rendidísimos —respondió Ali-Nur.—Y solo te pedimos este favor, y con grande instancia te recomendamos que nos seas propicio.

El cheique Ibrahim, que hasta aquel instante no habia querido revelar la existencia en el palacio de toda clase de bebidas fermentadas, dijo á Ali-Nur:

—¡Oh, amigo mío! He aquí las llaves de mi bodega y mi despensa, siempre repletas para festejar al Emir de los creyentes, quien alguna vez viene á honrarme con su presencia. Entra en ellas, y toma libremente cuanto te plazca.

Entró Ali-Nur en la bodega y el espectáculo que se ofreció á su vista

le llenó de estupefacción; á lo largo de las paredes, sobre unos estantes, estaban alineados ordenadamente innumerables vasos de oro macizo, plata maciza y cristal, incrustados de pedrerías.

Decidióse al cabo Ali-Nur, y escogió lo que más le plugo y volvió á la sala prodigiosa; colocó los vasos riquísimos sobre la alfombra, sentóse al lado de Dulce-Amiga, vertió el vino en copas de inenarrable valor, de cristal y oro, y empezó á beber, maravillándose de los tesoros que encerraba el palacio.

El cheique Ibrahim no tardó en ofrecerles flores olorosas, y se retiró discretamente á cierta distancia, como se acostumbra en cuanto un hombre se sienta al lado de su mujer. Y Ali-Nur y Dulce-Amiga volvieron á beber hasta que el vino ejerciese en ellos algún imperio; sus mejillas se colorearon, sus ojos brillaron como los de la gacela, y Dulce-Amiga desató sus cabellos.

El cheique Ibrahim, al verles, ex-



perimentó un gran deseo de gozar con ellos y se dijo:

—¿Por qué me siento á distancia de mis huéspedes, en vez de divertirme en su alegre compañía? No volveré á hallar una ocasión tan propicia para asistir á una fiesta y para regocijarme con los dos bellos y admirables adolescentes, de hermosura supralunar.

El cheique Ibrahim, revolviendo tales antojos en su imaginación, avanzó unos pasos y fué á sentarse al otro extremo de la sala.

Entonces le dijo Ali-Nur:

—Conjúrote por mi vida, señor, á que te acerques y te sientes á nuestro vera.

Y el cheique Ibrahim fué á sentarse á su lado, y Ali-Nur tomó la copa, llenóla y ofreciósela al cheique Ibrahim, diciéndole:

—Oh cheique, toma y bebe, y conocerás el sabor más exquisito del orbe, y te halagará la delicia que reside en el fondo de la copa.

Pero el cheique Ibrahim respondió:

—¡Qué Alah me proteja! ¿Ignoras, oh joven, que de trece años acá vivo sin cometer semejante pecado? ¿No sabes que he cumplido dos veces mis deberes de *hadj* en la Meca gloriosa?

Ali-Nur que quería á toda costa embriagar al cheique Ibrahim, viendo que no realizaría sus planes por la persuasión, no quiso insistir. Bebió la copa, llenóla y bebió nuevamente, y luego, pasado algún tiempo, fingió la torpe agitación del borracho y acabó por derrocar el cuerpo y entregarse aparentemente al sueño profundo.

Dulce-Amiga lanzó una larga mirada de congoja y tentación al cheique Ibrahim y le dijo:

—¡Mira, cheique Ibrahim, cuán bárbaramente se porta este hombre conmigo!

—¡Qué desventura!—exclamó el cheique Ibrahim.—¿Pero cómo un hombre tan noble pudo llegar á semejante torpeza?

—Desgraciadamente no es esta la primera vez que así se porta conmigo. Muchas veces le he visto



beber sin tregua, hasta caer súbitamente en el suelo, dominado por un sueño profundo, dejándome sumida en la más triste soledad, sin que nadie me acompañe y beba conmigo. Y no hallo sabor alguno á la bebida, porque nadie participa de mi copa, y ya no deseo cantar, puesto que nadie me escucha.

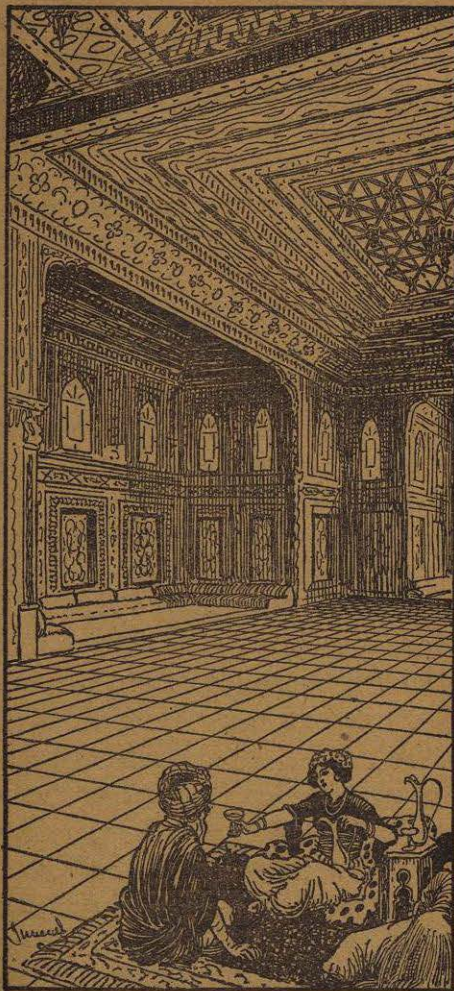
Entonces, el cheique Ibrahim, que bajo la influencia de las ardientes miradas de Dulce-Amiga y de su voz musical, enloquecía por momentos, le dijo:

—No es este, ciertamente, un modo de beber muy divertido.

Dulce-Amiga llenó la copa, y la tendió al cheique Ibrahim, mirándole con dulcísimo desmayo y diciéndole:

—Ruégote, por mi vida, que tomes esta copa y bebas para consolarme y regocijarme, y yo agradeceré con toda el alma tu finísima atención.

El cheique Ibrahim tendió la mano, tomó la copa y bebió. Dulce-Amiga se la llenó otra vez, é Ibrahim siguió bebiendo. Nuevamente



Dulce-Amiga llenó la copa, y la tendió...



llenó la copa Dulce-Amiga, diciéndole á Ibrahim:

—¡Oh, señor muy amado! Toma la copa por última vez. Te prometo que no he de volver á llenarla.

—¡Por Alah! Ya mis sentidos se entenebrecen; he bebido cuanto podía beber.

Mas ella insistió repetidamente y con sumo donaire, é inclinándose hacia él, le dijo:

—¡Por Alah! Es preciso que bebas. Lo quiero.

E Ibrahim llevó la copa á sus labios; y en aquel mismo instante, Ali-Nur soltó una carcajada y se sentó bruscamente, diciéndole al cheique:

—¿Pero qué estás haciendo? ¿No te conjuré hace una hora á que me acompañaras á beber? ¿No rehusaste entonces, repitiendo por vía de excusa que de trece años acá no habías incurrido en semejante culpa?

Avergonzóse el cheique Ibrahim, pero no tardó en reponerse y decir:

—¡Por Alah! No fué mía la culpa. Ella me sedujo y me obligó á beber á su lado.

Ali-Nur se echó á reir; Dulce-Amiga reía también, pero acabó por inclinarse al oído de su esposo, murmurando:

—Deja que yo prosiga la broma, y no te burles de él. Y ya verás los divertidos lances que nos reserva el destino.

Y llenando su copa, bebió: llenó la copa de Ali-Nur y éste bebió también; y Dulce-Amiga continuó llenando las dos copas, sin hacer el menor caso del cheique Ibrahim.

Este, que le contemplaba con asombro notorio, acabó por exclamar:

—¡Qué es esto! ¿Así os portáis con los amigos á quienes invitáis á beber? ¿Los llamáis únicamente para que os vean beber?

Ali-Nur y Dulce-Amiga rieron con tanta gana que casi rodaron por la alfombra. Desde aquel punto consintieron en que Ibrahim bebiese con ellos; y los tres continuaron charlando y bebiendo hasta muy entrada la noche.

Súbitamente, Dulce-Amiga dijo al cheique Ibrahim:



—Oh, cheique Ibrahim, ¿permites que me levante y encienda una de estas velas?

El cheique respondió tardía y confusamente, porque el vino se había apoderado de sus potencias.

—Sí, levántate, pero no enciendas más que una vela.

Dulce-Amiga se levantó inmediatamente y encendió no una sino todas las velas de los ochenta candelabros de la sala, después de lo cual volvió á sentarse en su rincón.

Alí-Nur dijo entonces al cheique Ibrahim:

—¡Oh, cheique! Grande es el júbilo que experimento al permanecer en tu compañía. Pero dime, ¿permitirás que encienda una de esas antorchas?

Y el cheique le respondió:

—¡Sea! Levántate y enciende una antorcha, una sola antorcha, y no creas que vas á engañarme fácilmente.

Alí-Nur se levantó y encendió, no una, sino ochenta antorchas, y ochenta arañas, sin que el cheique

Ibrahim se diese la menor cuenta de ello.

Toda la sala, todo el palacio, todo el jardín, quedaron entonces iluminados copiosamente.

El cheique dijo:

—¡Sois un par de libertinos desenfrenados, más desenfrenados que yo!

Ibrahim estaba enteramente borracho; levantóse, y con vacilante paso fué abrir todas las ventanas, las ochenta ventanas del salón. Luego volvió á sentarse, y bebió nuevamente con los jóvenes, continuando el loco alboroto de las risas y las canciones.